

dar pueblos llenos de prosperidad en el fondo del desierto.

El comercio internacional significó una gran jornada en la marcha histórica del hombre, en la cual todos los conocimientos lo acompañaban, dando lo mejor que tenían para aquella hermosa evolución; pero el camello del persa, sólo podía llevar á sus espaldas reducida carga, y se escogían para formarla los objetos ligeros y preciosos, sin que entrara en el cambio todo lo que pudiera ocasionar utilidad. Otro elemento de transporte era, pues, preciso á las nuevas necesidades.

Si el desierto no hubiera estado limpio de montañas, de vegetación y sin torrentes que hubieran detenido la marcha del viajero aquí y allá, no hubiera sido el camino de comunicación entre remotas comarcas, y sin él se hubiera retardado el progreso humano. Parece que la Providencia preparó el limpio camino, en que los audaces persas, habían de aventurarse, después de haberse preparado para ello en la constante contemplación de aquellas soledades, que despertaban su anhelo por cruzarlas, pues que el hombre siempre ha tendido y tenderá á cumplir su misión de progreso, dilatándose más y más en el espacio y en el tiempo.

Pero indicábamos que las necesidades

comerciales pedían otros elementos de transporte mejores que los conocidos, y diremos que los troncos de los árboles, caídos y arrastrados por las olas, flotando siempre sobre ellas, y las aves descansando sobre esas naturales balsas, iniciaron en la navegación al ser obserbador por excelencia; y de las costas del Asia occidental, de Fenicia, hasta donde las caravanas hacían sus expediciones, se lanzaron los navegantes mercaderes, recorriendo aquellas costas en informe embarcación, de trozos de madera, que á fuerza de remo se impulsaba.

Cuando las ropas mojadas de los náuticos viajeros, se ponían al Sol sobre algún palo levantado en la embarcación, pudo advertirse que soplando el viento sobre ellas, era arrastrada por el movimiento que de tal suerte el aire le imprimiera; y se armó la vela, que impulsada por los vientos, resolvió la formal expedición marítima.

Bien luego las hermosas maderas del Libano fueron el precioso material escogido para naves, que por su construcción más ó menos perfeccionada, ofreciesen mayores garantías y rapidez en la marcha.

El navío fué, en fin, el nuevo amplio transporte necesario al desarrollo del comercio. ¡Y cuan bellas y airosas debieron aparecer

sobre las ondas azules las primeras embarcaciones, con sus blancas gallardas velas, iluminadas por el Sol y movidas graciosamente por las brisas, siendo el símbolo de tantas esperanzas!

Convidando á los marinos se presentaban el mar Mediterráneo y el mar Negro y el Caspio, los Golfos de Persia y el de la Arabia, cual si hubiesen estado preparados para relacionar más activamente como relacionaron, á todos los hombres del mundo conocido, excitándolos á lanzarse al Occidente.

Tiro, cual si hubiese brotado de las blancas espumas de las olas, apareció, y fué el arsenal y el Puerto vecino del Líbano, el de las preciosas maderas para fabricar las naves.

Tiro, en aquellos tiempos en que la guerra no había tenido tregua, y antes bien se exacerbaba, pues era la consecuencia de los encontrados intereses entre los hombres que hallaban dificultades al extenderse por el mundo; Tiro, decimos, á virtud de su posición topográfica, ofrecía las mayores seguridades contra los azares de la lucha, y las garantías que daba eran otra circunstancia que concurrió á su rápido engrandecimiento. Bien pronto, situada entre Babilonia y Tebas, fué el gran centro comercial, y con los elementos que de todas partes venían á su seno, cultivó

las industrias conocidas y creó otras nuevas. Siempre el comercio despertó la industria, y al gran comercio que se hacía en Tiro correspondió la elevación que consiguiera en ramos diversos: el vidrio transparente salió de sus talleres; el arte de la platería alcanzó progresos; se modelaron y se pulieron las perlas de ámbar, tegiéndose con ellas ricos aromosos collares; se confeccionó el acero que tanto sirviera para usos diversos; se trabajó el marfil, y se tiñeron con vívidos colores los lienzos. El manto de púrpura pudo colgarse á los hombros del sér que bien podía ya llamarse el rey de la creación, cubierto por aquella ráfaga de la aurora, dueño de la tierra y de los mares, con su fuerza multiplicada, debido á las fuerzas que había asimiládose de todos los demás seres y cosas, puestos por medio del trabajo, bajo su dominio.

La Fenicia, teniendo á Tiro por atalaya, tomaba posesión de su destino, y la blanca ala puesta á sus naves soplada por el viento, llevaba á sus marinos á establecer colonias en las islas que tenía al frente del Mediterráneo, y que llamó Creta, Rodas, Chipre. Aquellos navegantes siguiendo al Poniente pasaron por Cerdeña, fundaron ciudades en Sicilia; después dirigiéndose rápidamente al Mediodía establecieron en la costa del Africa una segunda Tiro, que más tarde sería la

gran ciudad de Cartago. Asegurados con tal estación marítima, se dirigieron de nuevo al Occidente y llegaron á una gran península llamada Hesperia (España), donde levantaron ciudades, acopiando el oro que por todas partes allí se derramaba; utilizando en esos trabajos, hechos en lo general en las entrañas de la tierra, á la gente del país.

En tanto en el mar seguían buscando nuevos espacios y hallaron el paso hácia el Océano. En las costas de la misma Hesperia, establecieron en este Océano el gran puerto de Gades; de él se lanzaron al Septentrion, entraron por un gran canal al mar del Norte, visitando de paso una costa nublada y fría (la actual Inglaterra) en donde solo hallaron el estaño, y al fin, navegando más, dieron con la tierra á donde el mar arrojaba el ámbar que con avidez recojieron.

Tiro, reunía por tal manera á la vuelta de sus hijos, riquezas tantas; y el precioso metal de la Hesperia, sirvió á los fenicios para fabricar la moneda, rico signo de cambio que facilitó el comercio, pues que el trabajo de igualar valores entre objetos que se cambiaban, era un obstáculo para cada transacción por pequeña que ella fuese. El oro en moneda ofrecía comodidad para su portación; su fraccionamiento en partes pequeñas que tienen valor preciso, dió con exactitud el monto

que se deseaba para cada caso. La moneda hizo que todas las cosas y entre ellas los objetos debidos al arte y á la industria, de materia corruptible ó de valor variable, pudiesen ser cambiados en su oportunidad por un valor que quedaría inalterable en el tiempo y disponible á voluntad. El ahorro podía efectuarse por su medio, y con el ahorro formarse el capital, que se sucede de generación en generación; teniendo el padre seguridad, al entrar al seno de la muerte, de que sus hijos gozarán de bienes que les lega para librarlos de la miseria.

La moneda, fácil para espaciarse en la extensión y en el tiempo, fué tambien la que graduó el precio de todo trabajo. Ya se considerará, que progreso semejante forme época en la historia, y sea una gloria para los fenicios á quienes se cree es debido.

Pero aun había más que agradecer á aquel pueblo enérgico, inteligente y laborioso, que á largas distancias hacía sus combinaciones y tenía que entenderse con los demás. Las manos de los fenicios trazaron los primeros rasgos sobre el papiro ó la placa de marfil, para aprisionar en ellos la idea expresada por la palabra, que fué retenida en aquellos signos, que servirían para la trasmisión del pensamiento de un punto á otro del globo y

de una generación hasta otra remota generación.

Se formó la escritura, y ya no más el acento de ciencia, de verdad ó de arte que salía de una boca, quedaría perdido ó reducido á que le sirviese de vehículo la infiel memoria, pues guardado aquel acento en la letra, se dilataría en el tiempo, donde tantos acentos habrían de unirse de siglo en siglo para bien de la humanidad.

A este respecto dice un autor que consultamos: "El oro había sido el lazo del trabajo con el trabajo en la duración: el alfabeto fué el lazo del espíritu con el espíritu, y así como la moneda caída de manos del antepasado iba á través de las edades á rescatar una vida de la miseria, así también la escritura volando al soplo de la historia iba á sacar una alma de la ignorancia."

Los fenicios acababan con honor su gran misión en la marcha de la humanidad, é iban á ser relevados en el gran trabajo del progreso.

▼.

Decíamos que la Fenicia había cumplido su misión en el progreso humano y que ella por medio de sus naves había lanzado sobre las costas del Mediterráneo toda la civilización del Asia y de la Africa, que los demás pueblos recogían. A otra nación tocaba después servir de guía en el movimiento de avance.

En las ondas azules de ese mar Mediterráneo, que besa las plantas de la bella Grecia, llegaban á ésta los mensajes del progreso, y presintiendo su destino, levantaba ávida de ver hácia adelante su frente de alabastro, besada por el soplo ténue de sus mañanas radiantes.

Tres mares con su cantar eterno, cantan en sus diversas playas, labradas por golfos y puertos, que parece han sido hechos á cincel, y la cubre una temperatura suave, sirviéndole como inmenso capelo de cristal limpísimo, su atmósfera trasparente. Sus ríos de co-